

# EL "CHE" GUEVARA Y CAMILO TORRES

En la OESE (Oficina de Estudios Sociales y Económicos), dirigida por el doctor Carlos Acedo Mendoza, se recibió una consulta interesante de un ilustre empresario valenciano.

Presentaba tres documentos a la consideración de la OESE: un artículo del Padre Camilo Torres de mayo de 1965; un segundo artículo sobre el "Che" Guevara, escrito por el Padre Hermán Benítez, antiguo confesor de Eva Perón; el tercer documento es un famoso artículo del profesor Robert Heilbroner: Norteamérica, Comunismo, Subdesarrollo. Terminaba con una conclusión humorística... "hay momentos en que uno siente la tentación de aceptar las ideas de Heilbroner o de rezarle un Padre Nuestro al Padre Camilo Torres".

La OESE ha respondido al ilustre empresario; nos parece útil la respuesta para el uso de nuestros lectores de SIC.

En este conjunto de artículos hay dos campos: el de los hombres y el de las ideas, en mutua interacción, no cabe duda, que se pueden analizar por separado.

Los hombres son el Padre Camilo Torres y el Ché Guevara. Las ideas son las planteadas ante el problema del desarrollo y el subdesarrollo.

Aparte de la estructura psicológica individual del Padre Camilo Torres y del Ché Guevara, que desconocemos, una explicación de su actitud violenta radica en su contacto vivencial con la realidad del subdesarrollo. Los teóricos del desarrollo económico afirman que en los países subdesarrollados el desarrollo económico exige un costo, un precio social. El Padre Camilo Torres y el Ché Guevara han estado en contacto con el significado humano de este costo social.

Este contacto ofrece perspectivas muy distintas y vivencias muy urgentes. Para un técnico del desarrollo, una solución a un plazo de cinco años, por ejemplo, sería una solución extraordinariamente rápida y eficaz. Tan eficaz que hoy día se consideraría utópica. Para las personas que sufren el problema social, esta solución es lenta, insuficiente, pues durante esos cinco años van a pasar hambre, van a morir, van a ser humillados, despreciados, etc. Este contacto urge, exaspera, en la búsqueda de soluciones rápidas, si se tiene sensibilidad social.

Por esta razón, las actitudes violentas pueden tener una cierta justificación, aunque para muchos de nosotros no sean aceptables.

Esta urgencia y, más aún, esta incapacidad de ofrecer soluciones concretas y rápidas para todos los desahuciados, deriva innumerables veces en abandono y pasividad y, a veces, al menos, en violencia. Una de las causas de esta actitud es la falta de soluciones concretas y eficaces. Pero lo que más determina este tipo de actitud es la falta de un diálogo que permita pensar en la posibilidad de iniciar un proceso de solución.

Hoy en día se establece un concepto, el de "marginado", para analizar esta falta de participación y de diálogo. Así, hay marginados por debajo, es decir, aquellas personas incapaces por su incultura y por su abandono humano y espiritual de aportar y beneficiarse de la sociedad: viven al "margen" de ella.

Es característico de esta situación su radicalidad y su magnitud, que tiene como consecuencia imposibilitar a los marginados para tomar una actitud de superación; por eso esperan un líder en forma paternalista y mesiánica que les solucione mediante un cambio su situación presente.

Venezuela cuenta con 70% de la población que gana al mes menos de 1.000 bolívares, y con un 45% que gana menos de 500 bolívares por familia, más o menos de seis componentes. Esta zona de población comienza a tener conciencia de una miseria no merecida, y buscan

salirse de ella. Representan una tensión altamente explosiva si no se les ofrece una solución. El pueblo venezolano no es un pueblo ni tan pacífico ni tan desconocedor de cuáles son sus derechos.

Pero hay también marginados "por arriba", es decir, personas que gozan de todos los beneficios económicos, pero que desconocen la magnitud, la intensidad y la radicalidad de la problemática socioeconómica de la nación. Yo creo que no conoce el auténtico problema nacional. Venezuela tiene un porcentaje alarmante de jóvenes: 54% de la población tiene menos de 19 años. Y hoy día desde todos los campos: político, educativo, social, económico, etc., se está gestando una inquietante protesta. Tanto las ideologías de tipo más o menos cristiano, como las ideologías no cristianas, están pensando en un cambio. Lo peligroso sería que no estuviéramos al tanto, es decir, que no estuviéramos preparados para encauzar ese cambio. Porque el cambio tiene elementos muy favorables, tiene una masa que lo desea, hay líderes que lo pregonan y hay una gran mayoría de juventud —tener 34 años es pertenecer al 20% de los viejos— que por su condición de juventud y por la falta de orientación que se debe a una falta de toma de conciencia de los mayores, quiere violentar ese cambio sin analizar mucho sus consecuencias.

Esa problemática no se crea por decirlo: se habla de ella porque está ahí, amenazante. Es responsabilidad nuestra abrir los ojos ante este cambio, estudiar los datos del mismo y procurar encauzarlo... Si no lo hacemos, puede tener una solución violenta. Pero el problema no es la violencia; la violencia será una solución que tendrá tanta posibilidad de ser llevada a la práctica cuanto mayor sea nuestra negligencia por tomar una postura y buscar soluciones para la problemática socioeconómica de la nación.

En recientes estadísticas sobre Caracas realizadas por el INRA (International Research Associates), para el Consejo Interamericano de Comercio y Producción (CICYP), se han obtenido datos muy valiosos sobre este tipo de actitudes. Así tenemos que el 62% de los caraqueños están buscando que llegue al poder un hombre fuerte que actúe sin tener en cuenta los partidos políticos ni las elecciones. Y el 39% busca un cambio por medio de la revolución de las masas. Esos son dos aspectos que nos están haciendo ver que indudablemente el pueblo marginado está deseando un

cambio y siente que no pierden nada con cualquier tipo de cambio que se les ofrezca. Lo que quieren y buscan es otra situación distinta, y no saben hacerlo; buscan un hombre fuerte que les solucione sus problemas. Esto puede llevar a dictaduras de derecha o de izquierda; dada la problemática latinoamericana, pueden terminar, posiblemente, en una dictadura de izquierda.

Estas breves líneas se refieren a Venezuela. Pero el fenómeno Camilo Torres apareció en Colombia, donde la estratificación social es más rígida, donde las costumbres y modos de pensar son más cerrados y, por consiguiente, alejan más la posibilidad del diálogo y la comprensión.

Por esta razón sería importante, antes de emitir un juicio fácil, analizar cuáles son las estructuras de que dispone Colombia, que permitan un diálogo, a través del cual se aporten posibilidades de solución con la urgencia y la eficacia que pide el problema.

Pero el plantear las hipótesis de los cinco años y de las soluciones nos introduce en el complejo pero imprescindible mundo de las ideas y los sistemas que son las causas de las actitudes de los hombres.

¿Realmente no pudiera pensarse que la violencia del Ché y de Camilo Torres fuera una respuesta violenta a un ataque también violento?

Es curioso notar que el artículo del Padre Camilo Torres, en su aspecto ideológico y de análisis sociológico, trasluce una actitud ecuánime, nada similar a la actitud del revolucionario que murió poco tiempo después en la guerrilla. Se podrá o no estar de acuerdo con el análisis que presenta sobre Colombia. Sin embargo, no puede dudarse tan fácilmente de que sea un análisis sociológico sobre el que hay que pensar seriamente.

Pero el contacto personal y el deseo de buscar soluciones reales y eficaces ofrece razones distintas como para hacer cambiar completamente esa actitud fría en una actitud violenta. El hambre, la miseria, la desesperación de la imposibilidad de una solución las humillaciones, ¿no son una violencia ya ejercida?

Presión violenta e institucionalizada, defendida por instituciones jurídicas y a veces por ejércitos, cultivada con poder, practicada con abuso, al menos en muchos países de América Latina. El verdadero interrogante que se está planteando a la democracia ante los conflictos del momento es precisamente si sus mecanismos múltiples son capaces de actuar con eficacia y capacidad suficiente para afrontar las crecientes inquietudes sociales y los permanentes desajustes económicos. En este sentido conviene tener en cuenta la frase de Josué de Castro cuando afirma, y da razones estadísticas fácilmente verificables, que los países de América Latina no son países

subdesarrollados, sino que son países en vías de más subdesarrollo.

La economía no puede seguir exigiéndole un precio a lo social porque este precio crea la violencia y tiene como respuesta, en no pocos casos, la violencia misma. La validez de un sistema para acelerar el ritmo de desarrollo y económico se muestra por su capacidad para mejorar las condiciones de vida y ofrecer una mejor distribución de la renta. La tasa de crecimiento anual de los países subdesarrollados suele ser muy baja, alrededor del 1%. Junto a este hecho tenemos el otro hecho: el nivel de consumo por familia de los estratos superiores de la población, que suele representar el 5% de la población total de los países subdesarrollados, asciende al 30% del consumo de esos países. Mientras que el consumo de los estratos inferiores, que comprende más del 50% de la población, apenas llega al 20%; lo que significa que el consumo del primer estrato es 15 veces mayor que el del segundo.

Si en vez de pedir un precio a lo social, lo social pidiera un precio a lo económico, podríamos conseguir estos resultados sin que fueran creadores de violencia ni ejercieran violencia: para subir la tasa de crecimiento de la renta per cápita del 1% al 3%, que sería una tasa bastante satisfactoria, bastaría con que se redujese a 11 veces el consumo de los estratos superiores de renta y fuese invertido en dichos países. Hoy día la diferencia de consumo del primer estrato con el otro es obviamente injusta.

En Venezuela se plantea la limitación y tendencia a la disminución de los recursos necesarios para sostener la tasa de desarrollo; consecuencia ésta de la poca propensión al ahorro y a la inversión, frente a una creciente tendencia a aumentar las importaciones suntuarias.

Como dato confirmativo de este hecho vemos que en 1966 las importaciones de whisky y champagne en Venezuela fueron por valor de 1.200 millones de bolívares, que es el equivalente del capital social de la Banca comercial.

Hay un texto del Concilio Vaticano II, en el decreto *Gaudium et Spes*, N° 83, que plantea esta situación con palabras muy medidas, pero altamente preocupantes: "Para edificar la paz se requiere ante todo que se desarraiguen las causas de las discordias en los hombres, que son las que alimentan las guerras. Entre esas buenas causas deben desaparecer principalmente las injusticias. No pocas de éstas provienen de las excesivas desigualdades económicas y de la lentitud de la aplicación de las soluciones necesarias. Otras nacen del deseo de dominio y el desprecio por las personas, y, si ahondamos en los motivos más profundos, brotan de la envidia y de la desconfianza, de la soberbia y de las demás pasiones egoístas. Como el hombre no

puede soportar tantas deficiencias en el orden, éstas hacen, aun sin haber guerra, que el mundo esté plagado sin cesar de luchas y violencias entre los hombres."

Y en la encíclica *Pacem in Terris*, N° 166, dice lo siguiente: "No faltan hombres de gran corazón que, encontrándose frente a situaciones en las que exigencias de la justicia o no se cumplen o se cumplen en forma deficiente, movidos por el deseo de cambiarlo todo, se dejan llevar de un impulso tan arrebatado que quieren recurrir a algo semejante a una revolución."

La *Populorum Progressio* insiste en que: "Cuando hay poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana."

Y sigue diciendo: "Salvo en el caso de una tiranía evidente y prolongada, que atentase grandemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país, no se justificaría la violencia."

Pero aquí cabe la pregunta que indudablemente tuvo una respuesta afirmativa tanto en Camilo Torres como, bajo otro punto de vista, en el Ché Guevara. ¿No es una tiranía evidente y prolongada el cuadro de hambre, enfermedades, miseria, carencia de los servicios más elementales para la vida humana, de vivienda y de capacitación, etc., etc., que nos dibujan las cifras sobre América Latina y que afectan a más de setenta millones de seres humanos?

¿Hay circunstancias que motivan una acción violenta como represalia, como respuesta, no sólo a nivel personal, como dijimos antes, sino a nivel de tesis? Es muy importante, para responder a estas preguntas, analizar brevemente el esquema ideológico que presupone la frase del Papa de no aceptar violencias más que en los casos expuestos anteriormente porque, como dice más adelante, "no se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor". Este planteamiento está presuponiendo, y es muy importante no olvidarlo, que hay una violencia ejercida, y ante este hecho de una violencia ejercida y sentida se plantea el problema de si es lícito o no responder a la violencia con la violencia. En principio, pues, ya está rechazado el iniciar la violencia, ahora vamos a estudiar hasta qué punto es lícito responder con la violencia a la violencia ya existente. Supuesto este planteamiento obvio en la doctrina de la Iglesia expresada avanzadamente en la *Populorum Progressio*, tenemos que hay ocasiones evidentes en que se imposibilita

la promoción cultural y la participación en la vida social y política de los humildes. Hay, por lo tanto, ocasiones en las que, objetivamente considerado el problema, cabría plantearse la "violencia como respuesta". Sin embargo, el autor de la violencia o quien la aconseja debe meditar la frase de Paulo VI: "No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor."

Es fácil desatar la violencia, pero es difícil encauzarla constructivamente. Por esta razón no podemos propiciarla como solución, pero sí nos parece que se hace necesario, urgente, el prepararse para saber manejarla si se produce.

Sin embargo, cabe el preguntarnos, en los casos concretos que estamos analizando ahora, qué es, en definitiva, más auténtico y positivo: ¿la violencia de Camilo Torres que lo condujo a la muerte, o su permanencia cómoda dentro de una estructura social con la que no estaba conforme? Esta pregunta o su respuesta angustia a los jóvenes del Continente, que representan el 50% de la población, cerca de 100 millones de personas.

Otro punto de vista que parece interesante para analizar este proceso con toda la ecuanimidad posible es el camino de la violencia ejercida mancomunadamente por cristianos y comunistas. Es peligroso aliarse en la violencia con tendencias izquierdistas, concretamente como ejemplo más práctico, con los comunistas, porque los cristianos no pueden contar como aliados a aquellos para quienes la violencia no solamente es una respuesta, sino inclusive un ataque para el cual cuentan con armas que los cristianos no pueden usar. En la historia de 50 años los comunistas se han apoderado de todas las revoluciones.

Por todo esto creemos que, aunque hay circunstancias que impulsan hacia una acción violenta como represalia, Camilo Torres, a quien conocí en congresos latinoamericanos sobre subdesarrollo, tomó un camino errado, por cuanto su violencia, que puede tener una justificación personal, estaba envuelta por una violencia general de tipo marxista. Además, hay que tener en cuenta que las estructuras de Colombia, su rigidez social, su estratificación e incompreensión de las élites, incluso jerárquicas, ofrecen pocas posibilidades de diálogo e inducen a la rebelión como escape de la realidad.

Muchas veces me he preguntado si Camilo Torres habría dado ese paso viviendo en Venezuela, donde puede existir la posibilidad del diálogo y con él se abre la posibilidad de buscar y encontrar soluciones concretas y eficaces. Mientras mayor sea este diálogo entre nuestras clases sociales y el pueblo, más difícil será el que se produzca un Camilo Torres entre nosotros, y de aquí la enorme responsabilidad que tienen las

élites de poder, de ser receptivas al justo derecho de promoción que parte de los sectores marginados de la sociedad. Y en este momento es donde hay que plantearse el otro aspecto: el problema de las estructuras.

El problema del cambio de estructuras no puede agotarse en sólo unas cuantas palabras, pero sí creemos que es necesario cuestionarse si hay una posible fórmula a corto plazo, a nivel de hombres, que solucione la problemática de América Latina. América Latina, según las estructuras actuales, no solamente se mantiene como Continente subdesarrollado, sino que va en vías de más subdesarrollo. Ante esta situación no podemos escudarnos solamente en el poder y en el abuso del poder, y en preguntarnos si las guerrillas son o no acertadas. El problema no es la guerrilla cuando existe todo un ambiente que no ofrece para muchos más salida que el de la violencia.

Junto a esto debemos preguntarnos si Venezuela no es un país en el que las posibilidades de solucionar el problema de la marginación y el subdesarrollo no son distintas, en varios aspectos, a las del resto del Continente.

Creemos que las posibilidades de Venezuela, no tanto quizás sus estructuras, sí plantean una viabilidad más optimista que para el resto de América Latina. Nuestra estratificación y movilidad social, nuestra mayor democratización e, incluso, el grado de socialización que existe en nuestra economía, son todos factores que favorecen el entendimiento social y propician un clima más favorable que el de muchos países hermanos de América Latina para un cambio estructural sin violencia física. Y digo "física" porque la violencia legal y moral la veo como inevitable. Más aún: creo que puede representar un antídoto de la primera. Esto sin contar con nuestros grandes recursos naturales. Pero estas ventajas no pueden adormecernos porque todos estos factores tienen un reverso que multiplica el "efecto demostrativo". En países ricos y con posibilidades la pobreza se hace más irritante, y este peligro lo tenemos nosotros en un grado muy alto. No sé si las élites económicas están conscientes de él. A veces da la impresión de que no lo están. El hecho de que no aumentamos el nivel de vida y la participación e incorporación de los marginados a nuestro desarrollo, nos está haciendo ver que nuestras estructuras son todavía anquilosadas y, por tanto, con más posibilidad de crear violencia que las de los otros países, en donde se carece de los recursos y del proceso de democratización que vive nuestro país.

Es por este camino de las estructuras por donde se orienta principalmente la ideología de Heilbroner en el artículo que se nos ha enviado.

En Venezuela hay sectores que están intentando promover precisamente al hombre venezolano para crear en él una actitud de superación que es la actitud básica y necesaria para todo proceso de desarrollo, sobre todo en los mundos de la marginación. Así, los movimientos de desarrollo de la comunidad son movimientos que creemos indispensables para conseguir precisamente que el pueblo vaya saliendo de una infracultura y de una subeducación que le imposibilita todo deseo y posibilidad de superación, hacia actitudes y esquemas de mayor participación y, por lo tanto, menos capaces de engendrar una respuesta violenta.

Finalmente, creemos que así como ha sido estudiada la subcultura de la pobreza por Oscar Lewis a nivel latinoamericano y por muchos de nosotros en cada uno de sus países, valdría la pena estudiar la subcultura de la riqueza y ver objetivamente si esa élite está cumpliendo su rol, si sus intereses, apetencias y esquemas son adecuados al desarrollo integral del hombre.

La élite siempre es necesaria, pero para que tenga vigencia debe hacerse autocrítica, revisar sus esquemas y tener en cuenta los planteamientos, urgencias, necesidades y ambiciones de los marginados. A veces, con buenas intenciones, pretenden darles soluciones a los problemas de las mayorías en forma paternalista, sin conocer sus problemas y dentro de sus propios esquemas. Esto, en lugar de llevar a soluciones y a una integración, ahonda más la brecha existente entre ese sector elitario, que es una minoría del 3,67% de la población, unas 250.000 personas, y el 70% de la población insatisfecha, unos seis millones de seres humanos. Quedaría un 26% de la población formada por clase media baja y alta, la mayoría con ambiciones de superación y de mayor participación. Muchos de éstos podrían hacer causa común con el 70% de insatisfechos que quieren un cambio urgente. Tenemos que tener en cuenta que en Venezuela entran a votar 1.800.000 jóvenes que eran menores de 18 años en 1963. Por otra parte, tenemos 2.500.000 marginados que no participan, pero oyen y ven, y más o menos 6.000.000 de insatisfechos.

Hay que establecer diálogo, hay que entender y comprender a los jóvenes que no están de acuerdo con nuestros valores y esquemas y hay que tomar en cuenta al marginado, que cada vez presiona más para que se le dé participación.

Nos preocupa el que no se plantee con la debida urgencia la necesidad de una revisión en un mundo de tantos choques y en un momento donde hasta la Iglesia —lenta por tradición y por táctica— ha hecho una revisión tan a fondo que se tardará muchos años en entenderse.